

DE LA IMPORTANCIA DE LA INVESTIGACIÓN EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES (INCLUIDA LA HISTORIA MEDIEVAL)

Marcelo Campagno

El Dr. Marcelo Campagno es Director del Departamento de Historia (FFyL-UBA), Profesor Adjunto de Historia Antigua I (Oriente) y de Elementos de Prehistoria (FFyL-UBA). Investigador Independiente (Conicet)

El Ministerio Nacional de Ciencia y Tecnología viene implementando en los últimos tiempos un plan de ajuste que incide principalmente en la restricción de nuevos ingresos a la carrera del investigador y de becas para la formación doctoral. En ese marco, el Ministro de Ciencia ha concedido, días pasados, un reportaje en el que se declara opuesto a la cantidad de investigadores que estudian la Historia Medieval en el marco del Conicet. La opinión ha merecido la sólida respuesta de uno de los principales investigadores de ese campo de estudios, Carlos Astarita, quien principalmente ha argumentado la importancia del estudio de la Edad Media para la comprensión de una serie de fenómenos que están en la base de la construcción del capitalismo y otras dinámicas sociales y culturales modernas. Otras voces, con menos fortuna, han buscado dar más respaldo a esa respuesta, aseverando que la Edad Media es “la mitad de la Historia Mundial”, percepción que dará más argumentos al señor Ministro. Pero mientras se siguen multiplicando las adhesiones al estudio particular de la Edad Media, quiero proponer una reflexión que parte de otra particularidad aunque pretende hacer visible un problema más amplio y general.

Desconozco las razones específicas por las que el Ministro la ha emprendido contra la Historia Medieval en especial, pero es claro que el mismo tenor reflexivo podría aplicarse al estudio de prácticamente cualquier otro objeto de estudio de cualquier otra disciplina humana o social. A mi modo de ver, no hay que dar lugar a una atomización inconducente de la discusión, en la que cada afectado responde sólo cuando es afectado. En este punto, exhibo las coordenadas de mi investigación en Conicet, consciente de que tal vez haya pasado por debajo del radar ministerial. Mi campo de estudio remite a las sociedades antiguas. Me interesa una serie de problemas que abarcan por igual a sociedades del Viejo y del Nuevo Mundo, pero mi principal campo de experticia está relacionado con el Antiguo Egipto. Podría ensayar aquí un argumento sobre la importancia general de estudiar el Antiguo Egipto por la vía de cuánto ha influido en Grecia y Roma, y éstas a su vez en el mundo occidental, lo que de paso permitiría acoplarle unos cuantos milenios a la Historia Mundial. Pero prefiero explicitar otra cuestión. Mi interés por el Antiguo Egipto ha orbitado centralmente sobre la cuestión del origen del Estado. Egipto es uno de los primeros Estados conocidos a escala mundial y, por ende, es un escenario privilegiado para intentar comprender por qué, en determinadas condiciones, un mundo comunal aldeano dio paso a sociedades fuertemente jerárquicas, en las que una minoría puede imponerse coercitivamente sobre la mayoría. Ese problema me llevó a comprender los modos de organización de las sociedades no estatales, la importancia allí de los lazos de parentesco, las formas posibles de subordinación, sus límites. Me llevó también a divisar la existencia de muy

diferentes lógicas sociales. Y me llevó, fundamentalmente, a comprender el cambio social, no sólo en el Antiguo Egipto.

En efecto, la historia da herramientas para pensar. No importa el período ni las coordenadas espaciales. Y de sobra sabemos que se puede hacer historia local infinitamente reproductiva o hiperdogmática, y no se gana nada con ello. Toda historia puede ser campo de pensamiento, toda historia es materia para la forja de esas herramientas. Y no me cabe duda de que otras disciplinas sociales o humanas también son, fundamentalmente, disciplinas de pensamiento. Y lo que hace un/a investigador en Ciencias Sociales y Humanidades es adiestrarse permanentemente en la producción y el manejo de esas herramientas. Y transmitir lo que sabe. Así se forman cuadros intelectuales en el Conicet y en las Universidades. No se trata de invertir en eruditos hedonistas: se trata de apostar a la creación de cuadros intelectuales.

Claro está, para poder discutir desde este punto hay que asumir la posición. El mejor aliado del argumento ministerial es ese erudito encerrado en su mundo, del que nada demasiado potente es dable esperar. Pero asumir la posición no implica necesariamente una declaración de principios obligatoria en cada texto, en cada clase. Bastaría con que cada investigador sepa su punto de implicación social, aquello que hace que su formación aporte a la sociedad que lo sostiene. Desde ahí hay que dar la discusión. No estoy en condiciones de afirmar que todos los investigadores sepan esto. Y es imperativo.

Borges dijo una vez: “Cómo si los argentinos solo pudiéramos hablar de orillas y de estancias y no del universo”. Quisiera derivar dos reflexiones desde ese decir. Por un lado, estudiar todas las épocas y los problemas de la historia, y de la filosofía, y de la literatura, nos hace copartícipes de ese universo que, de otro modo, siempre es patrimonio exclusivo de los países centrales. Y por otro, si nos importa que los argentinos en tanto argentinos podamos intervenir en todos los debates, es justo que el principal órgano nacional de investigación apoye. Se trata de la posibilidad de forjar una mirada desde la Argentina, una mirada argentina, del universo. Se trata, quizás, de la posibilidad de pensar desde allí otra dimensión para el concepto de soberanía: una soberanía intelectual.

Realizado el 4 de marzo de 2017